

## TEXTOS DE III ALFRED

### *Diferentes Capítulos del libro*

#### INDICE

1. Todos dan por muerto al único que está vivo	12
2. La estética diabólica hiela la sangre	43
3. A muchos les asustan los besos	75
4. ¿Cuándo suenen las trompetas, nosotros qué?	86
5. El secreto en la plaza del Registán	108
6. ¿Qué es tener sentido, finalmente?	139
7. No tienes ni una gota de Amor	149
8. Los difuntos que todavía colean	159
9. Los lazos terminan por aflojarse	179
10. El miedo termina al descubrir el amor	207
11. Añoramos al Infinito	225
12. ¿Es cierto, o solo una alucinación?	254
13. Somos un cero a la izquierda del devenir	271
14. Los Reyes gobiernan sobre lo invisible	289
15. La naturaleza de la vida es crecer	320

#### **13. Somos un cero a la izquierda en el flujo del devenir**

Teodora sabe que algo palpita, y se alegra.

Adora la novedad, los días se le hacen aburridos porque no se quiere morir. La primicia consiste en que Mara ha decidido afirmar-

se definitivamente en un estado de existencia desconocido, pero necesario para que la historia continúe teniendo sentido.

—Mara analiza, relaciona, y concluye, y después actúa en consecuencia con la conclusión— se dice Louise recién transformada sin saberlo.

Mara es demoledora, acaba rápido con cualquier ficción. Raras veces tolera la incongruencia. Pero esto no quiere decir que viva en la realidad. Quiere decir que no es una mujer que esté para cualquier ficción. Ni para vulgaridades. Adopta decisiones que muchos encontrarían disparatadas, pero que le parecen lógicas. Dejarse de inteligencias añadidas mediante implantes biotecnológicos, por ejemplo. Ahora tiene un pie en lo Material y el otro en lo Inmaterial. Se encuentra obligada a llevar una doble vida. Circunstancia, sin embargo, sonrío Teodora, que no afectará para nada su sentido de la honestidad. Su falta de escrúpulos compensa de sobra cualquier sentido de honestidad que pudiera tener.

Doble vida que Mara justifica como una imposición del Destino que adopta interesadamente para ampliar sus ansias de poder. Desde ahora tendrá poder incluso sobre sus superiores. Un poder que deja en cosa de niños cualquier autoridad conferida desde lo humano. El ego es poderoso hasta cierto punto: su extraordinaria limitación le impide participar de lo excepcional. La ilusión de ser poderoso es una característica del ámbito material.

De la condición humana.

Mara tiene unas amigas que nunca cambiarían el sexo por el chocolate, mujeres que se ríen de la capacidad defraudadora de los hombres. Desde hace unos días se deleita emocionada en la refinada ironía que supone someterse a un poder insignificante comparado con el propio. Acatarlo como una colegiala y tener que soportar con estoicismo todas sus impertinencias.

Sí, señor.

Lo que usted diga, señor.

No obstante, solo en el nivel superficial. El otro día, cuando la Teniente Factor le echó en cara que estaba perdiendo los papeles en el asunto del John Hancock, de buena gana le hubiera pellizcado las nalgas, y le hubiera dicho: Y tú a callar, guarrita del Colorado, aquí mando yo.

En el análisis final era verdad.

—La Teniente Factor tiene un culo desconsolado que no entusiasmo ni a los hombres— se dice Mara cada vez que le echa un vis-

tazo de protocolo.

Después de tanto apretar culatas de pistola, Mara se mira el culo de las mujeres con la misma insolencia que si fuera un hombre. No le molesta.

—El Poder tiene vida propia y al final te engulle. No reconoce ni éticas ni razones. Acaba por hacerte una con él. Te integra de un modo natural— dice Mara.

—El Poder comporta un placer reconsagrado, Mara. El placer más refinado de todos. Concentra todos los otros placeres sobre sí mismo. La erótica del Poder, dicen algunos románticos— concluye Teodora.

A Mara le explota el pecho solo de pensarlo.

Prolonga aquella sensación dando vueltas sobre la cama, consciente de lo impúdica que resulta la fiesta para una Teodora que observa encantada. Un poder que Mara todavía percibe abstracto, pero que se va concretando cada vez que detiene el Tiempo, penetra en el mundo etérico, y ejerce a voluntad tanto poder como quiera.

—Estamos convencidos de que lo decidimos todo, y somos un cero a la izquierda en el flujo del devenir— se dice Mara ajena al momento.

Al verla encendida por la desmesura del poder, delirando de gusto delante de una Teodora que ya comienza a suspirar, muchos pensarían que Mara detiene el Tiempo y penetra en el mundo astral motivada por el indescriptible placer de ejercitar un poder sin restricciones.

Pero nada es importante.

—Ni es importante quien decide, ni quien ejecuta la acción. Todo parece importante, pero nada lo es— se dice Teodora humedecida por el espectáculo.

Permeada por aquel éxtasis, Mara no puede evitar recordarlo de nuevo.

Vuela hacia un acontecer establecido del que ni siquiera conoce la causa. Tiene que suceder porque todo se encuentra dispuesto sin que importe la razón.

Vuela, y no vuela sola.

Más que de tules negros habría que hablar ahora de cueros trabajados y bruñidas cinceladuras que evidencian haber vencido en innumerables contiendas. Las victorias quedan impregnadas en la espada como parte de su brillo. Una capa generosa ondea al paso impulsada por no se sabe qué clase de vientos. El ondear de las ca-

pas endulza tanta determinación. Es lo único que parece fluctuar con cierta arbitrariedad en aquel volar obcecado dirigido hacia un solo propósito. Hechos sobre los que Mara poco tendrá que decidir. Es un acontecer determinado de antemano en el que resulta obligado participar.

Velo invisible de una inmensidad que se dilata, presionada con la puntiaguda obstinación de quien quiere penetrar la cortina transparente que le cierra el paso. Le aguarda un suceso que todavía no ha ocurrido. El horizonte se transforma en una superficie cónica cuyo vértice luminoso permite el acceso hacia otra dimensión. Mundo luminoso de un penetrante azafrán metalizado que tendría que deslumbrar, pero que hechiza. La intensidad de luz es amigable y enriquecedora, promete fidelidades incommovibles. Un manto dorado recubre todo cuanto se ve. Volúmenes perfectamente definidos se levantan como complacidos imperios ancestrales en una llanura interminable. Cilindros, cubos, y paralelepípedos, ordenados en una imponente diversidad sumida en el más absoluto silencio. Entre todos los volúmenes hay uno que brilla con la refulgencia singular de lo único, con una particularidad que destaca con nitidez por su pulcra fastuosidad.

Regia estructura transparente cargada de luces y destellos, en cuyos brillos aparecen signos y símbolos que hablan del significado de su existencia.

Su naturaleza, quién la construyó, con qué medios se hizo, cuál fue la intención primigenia, quiénes la habitan, sus orígenes, cómo la adquirieron, cuál es su utilidad, qué había millones de años antes en el lugar, qué hay en el subsuelo, y las aguas que se evaporaron sobre este suelo dejando ínfimas partículas de sal. Cómo esta pluralidad constitutiva afecta al conjunto y determina que le haya llegado la hora de desaparecer. Información de todas las causas que en el ámbito etérico se revela sin necesidad de ninguna reflexión. Está para ser vista, simplemente. Lo único que de verdad importa de aquel objeto es que ha llegado su fin. Hecho inexorable cuya causa ni siquiera Mara conoce, y, aunque quisiera, nunca podría predecir.

Abre la boca, aspira y se le ponen incandescentes los dientes de aguja. Expira un denso chorro perfilado de luz naranja que penetra en lo más íntimo de aquella estructura cristalina y la hace fosforescente.

En aquel preciso instante comienza a disgregarse como la arena del desierto que el viento se lleva al amanecer. Un hecho inocente

en su simplicidad. Granos vivos de una negritud que se encamina resignada hacia su destino. Partículas de un ayer esparcido que se arremolinan en una acrobacia ensimismada que tiene algo de fantasmal. Fragmentos diminutos de un recuerdo cargado de emociones que alguna vez tuvo consistencia y se pudo tocar.

..... **SIGUE** .....